

LA RAMA

Un hilo de aire que no sabía por donde se colaba la había despertado.

Se incorporó con desasosiego del sillón donde dormitaba.

Fuera el viento rugía.

Oyó las ramas del árbol dando en la ventana y le pareció que la casa se movía.

Oyó el crujir de los peldaños, alguien subía la escalera...

No, no eran pasos, pensó, era la pesadilla de siempre:

*“un peldaño,
otro peldaño,
otro,
otro...”*

Quiso gritar como cuando era pequeña y despertaba aterrada.

“Duerme, le gritaba su madre, es el hombre del saco que como te pille despierta te lleva con él”

Entonces apretaba los ojos y rezaba para no odiarla tanto.

Con el tiempo quién subía las escaleras era su propia madre.

- Cordura - se dijo- cordura no es más que el viento...

Pero su madre estaba ahí, como si nunca se hubiera ido, como si sus ojos amargos la taladraran igual que el día que decidió inhabilitarla y echarla de su casa.

Que alivio había sentido, por fin había sido capaz de romper ese vínculo tan corrosivo, tan oprimente desde su infancia.

No hay obligación de querer a la madre, claro que no. Se había dicho mil veces antes de tomar la decisión.

Recordó sus últimas palabras que se le clavaron como púas en el corazón:

“¡Ojala tengas una hija como tú! es lo único que te deseo”

Luego, nunca más volvieron a mirarse a la cara.

-¿Hijos?- se dijo - ni hablar.

Nunca tendría hijos, no esparciría la semilla de Caín por el mundo.

Arregló la vivienda familiar y volcó toda su ternura en el jardín, plantó una pequeña secuoya que en poco tiempo se había hecho hermosísima. Este será mi hijo, se dijo con orgullo.

Un temblor del suelo bajo sus pies la sacó del ensimismamiento.

Una fuerza inmensa, algo así como si las raíces profundas de los árboles hubieran movido los cimientos y la estructura de la casa se quebrara...

Instintivamente se dirigió a la puerta y salió.

Una racha de niebla la hizo retroceder. Era como si un ser perdido entre la bruma le abofeteara sin piedad...

El viento seguía rugiendo.

Entró apresuradamente, cerro con llave, cerrojo y puso la cadena de seguridad.

Permaneció unos minutos pegada a la pared, respiró hondo y se dijo:

-¡Calma! Estás asustada, no hay nadie, solo las ramas y el viento

¡Calma!-

Chascó un cristal, los papeles de la mesa de estudio volaron en hilera hacia el rincón, Detrás de ellos enfiló el libro y el reloj que se hizo añicos contra el suelo.

Bajó presurosa la persiana y aplastó a la rama que ya se había colado por el hueco de la ventana.

Un grito de fiera herida la dejó sin respiración.

“Lo siento, lo siento no he querido hacerte daño” Musitó.

Pero...

La secuoya estaba enfurecida y comenzó a dar bandazos.

Preso de pánico gritó con todas sus fuerzas al vástago que se iba haciendo grande, que la iba oprimiendo contra la pared, como si quisiera ahogarla.

Vio sus brotes que eran ojos humanos sanguinolentos llenos de crueldad.

El tronco abrió una boca inmensa, como un pozo negro...

-¡Hija mía!- Aulló

Un instante antes de ser engullida por la rama.

FIN